

**Saludo de su Excelencia Monseñor Christophe Pierre,  
Nuncio Apostólico en los Estados Unidos de América.  
Región II Encuentro – Estado de Nueva York – Albany, Nueva York  
Sábado, 23 de junio de 2018.**

Como Nuncio Apostólico, Representante del Santo Padre en los Estados Unidos, deseo expresar el cordial saludo, cercanía espiritual y paterno afecto del Papa Francisco a todos los aquí reunidos para este Encuentro Regional en preparación al Quinto Encuentro Nacional que tendrá lugar el mes de septiembre, en Texas. La reunión de este fin de semana es un importante hito, marcando una etapa fundamental en la vida de la iglesia en el Estado de Nueva York.

Este evento, así como el que tendrá lugar en Texas, serán oportunidades preciosas para encontrar al Señor y para encontrarse unos con otros; para escucharse unos a otros y para identificar los dones y talentos que podrán ponerse al servicio en la misión de la evangelización; y ofrece la oportunidad de escuchar las voces de aquellos que están en las periferias y a las diferentes culturas y pueblos para que la iglesia pueda enriquecerse y mostrar la belleza del Señor, profundizando nuestra comunión. Permítanme expresar mi gratitud a Wanda Vásquez, Presidente de la Región II para el Encuentro y al padre Brian McWeeney, representante del obispo en este Encuentro. Es un honor estar aquí con ustedes.

Hace casi dos años, en preparación al Quinto Encuentro el Papa Francisco dijo a los obispos americanos:

“Nuestro gran desafío es crear una cultura del encuentro, que aliente a cada persona y a cada grupo a compartir la riqueza de sus tradiciones y experiencias, a abatir muros y a construir puentes. La Iglesia en los Estados Unidos, como en otras partes del mundo, está llamada a «salir» de su comodidad y a convertirse en fermento de comunión. Comunión entre nosotros mismos, con nuestros hermanos cristianos y con todos los que buscan un futuro de esperanza. Tenemos que ser cada vez más plenamente una comunidad de discípulos misioneros, llenos de amor al Señor Jesús y de entusiasmo por la difusión del Evangelio” (Video Mensaje a la Asamblea General de la USCCB, 14-17 noviembre de 2016).

El Encuentro tiene el potencial para ser un nuevo Pentecostés para la iglesia en los Estados Unidos – un evento en el que diversas personas escuchan el Evangelio y reciben su alegría, deshaciendo la confusión y desorientación de Babel y sustituyéndola con la cultura de encuentro. Hablamos de una *cultura del encuentro*, y uso esta palabra, *encuentro*, pero, ¿qué es lo que realmente quiere decir esto? Pienso que podemos hablar de un encuentro con Dios, de un encuentro con el otro y de un encuentro con el mundo.

*El Encuentro – Comunión con Dios.*

El Papa Benedicto XVI, a principio de su primera encíclica *Deus Caritas Est*, dice:

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Papa Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas Est*, 1).

En primer lugar, nosotros hablamos de un encuentro con Dios. Esto no quiere decir simplemente que nosotros conocemos a Dios, sino algo más que eso: que nosotros hemos sido encontrados por Dios. Nuestro Dios nos busca. Al encontrarnos, Él nos llama a cada uno por nuestro nombre sin importar cuán diferentes seamos e independientemente de nuestro grado de fe o de práctica. Él quiere estar, reunirse con nosotros. Y este encuentro, no es un simple

encuentro casual o algo rutinario, sino un acontecimiento que cambia la vida. Es como el encuentro de Jesús y los discípulos de Juan el Bautista: Andrés y Juan, que narra el Evangelio de San Juan. Juan Bautista señaló a Jesús como el Cordero de Dios. Los discípulos de Juan siguieron a Jesús, le hicieron preguntas y pasaron tiempo con Él. Comprobaron así lo que había dicho Juan; comprobaron que la Presencia estaba entre ellos, que era Él el Único que quita el pecado del mundo. Andrés, luego del encuentro, regresó a donde estaba su hermano Simón, y le dijo: "¡Hemos encontrado al Mesías!". Fue un acontecimiento que cambió su vida; que los llevó a convertirse en discípulos y misioneros.

La idea de encuentro implica una apertura al ser encontrado por el Señor, una apertura al misterio de Dios. Es lo contrario a una fe puramente formal o práctica religiosa. Esta apertura exige vulnerabilidad de nuestra parte – de nuestros esquemas y formas de hacer las cosas, para responder a la llamada del Señor y a su misión en estos desafiantes tiempos.

Hace algunos años, en Aparecida, los obispos de América Latina reconocieron el reto que se presenta para transmitir la fe hoy; y lo que dijeron es sin duda también pertinente para la iglesia en los Estados Unidos:

“Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales, alcanzando aun la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la transmisión de la fe” (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento conclusivo, CELAM, Aparecida **2007, n. 39.**)

Si queremos responder hoy a los desafíos de la evangelización, entonces debemos primero estar dispuestos a encontrar al Señor – a ser movidos por el Espíritu de Dios. En su primera homilía de Pentecostés el Papa Francisco dijo:

“... el alma es una especie de barca de vela; el Espíritu Santo es el viento que sopla la vela para hacerla avanzar; la fuerza y el ímpetu del viento son los dones del Espíritu. Sin su fuerza, sin su gracia, no iríamos adelante. El Espíritu Santo nos introduce en el misterio del Dios vivo, y nos salvaguarda del peligro de una Iglesia gnóstica y de una Iglesia autorreferencial, cerrada en su recinto; nos impulsa a abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la bondad del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro con Cristo” (Papa Francisco, homilía para la solemnidad de Pentecostés, 19 de mayo de 2013).

El Espíritu Santo es el alma de la misión. La primera obra del Espíritu es la conversión - de las personas y estructuras-, sobre todo después de conocer a la persona de Cristo, que nos da un renovado sentido de la propia humanidad y de ver el mundo. El encuentro abre nuestros ojos a la maravilla y al temor de Dios. El Espíritu nos lleva a una relación más profunda con Cristo, para que podamos mediar la Presencia de Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida. En consecuencia, podemos entender el encuentro como la obra del Espíritu Santo al acercarnos más a Jesús, que cambia nuestras vidas. Encuentro que implica apertura al misterio y a las relaciones; relaciones que están llenas de gracia. El encuentro es una expresión de comunión con Dios.

*El encuentro - Comunión con los demás, en la Iglesia*

El encuentro con los demás, en la Iglesia, debe imitar el encuentro de gracia con Dios. Dándonos cuenta que, mientras todos estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, también

somos diferentes –en lengua, cultura, aspecto y temperamento. El Encuentro nos ofrece la oportunidad de apreciar nuestra diversidad. Diversidad que es también obra del Espíritu que desea la unidad sin necesidad de uniformidad. Es el espíritu de Dios el que da armonía al caos, ¡incluso en la iglesia! Es el Espíritu quien mantiene la unidad en la diversidad. Es el Espíritu de Dios, quien les ha traído a todos ustedes a este lugar y en este momento, para hacer su trabajo.

¿Qué es lo que el Espíritu nos está diciendo? Para responder a esta pregunta debemos escuchar a Dios en la oración, **y** debemos también escuchar a los otros, porque el Espíritu está trabajando en el ser de cada persona aquí reunida. Cada persona, en el Espíritu, puede contribuir de alguna manera a mediar la Presencia de Cristo y hacer que su amor y su misericordia sean conocidos en la Iglesia. ¿Qué está diciendo el Espíritu a través del 40% de la Iglesia en este país, que se identifica como Hispano o Latino, o a través de los jóvenes Católicos Hispanos o Latinos? Cuando hay jóvenes que nos dicen que están preocupados porque sus compañeros no son practicantes, o que a ellos mismos les gustaría participar, ¿escuchamos al Espíritu obrando en ellos? El proceso del Encuentro ha sido, es, y Dios quiera será, un momento de gracia para la Iglesia aquí en Nueva York, siempre y cuando estemos abiertos al Espíritu, y estemos abiertos uno al otro.

Grave tentación podría ser aquella de reconocer las diferencias y de aislarnos del resto de la Iglesia ocultando nuestros dones y talentos. Ello sería fatal. Sería lo contrario de lo que el Santo Padre considera es el propósito del encuentro, esto es, "*compartir la riqueza de nuestras tradiciones y experiencias, derribar muros y construir puentes*". Un modo, éste, para decir que el *encuentro* es para construir y para profundizar en la comunión.

Afortunadamente, la preparación y el proceso del Encuentro en sus reuniones parroquiales y diocesanas se ha movido hacia la integración, identificando la contribución que los católicos latinos pueden aportar a la Iglesia, reconociendo el vital papel que los Latinos pueden asumir en la Nueva Evangelización. Las reuniones locales y regionales han ofrecido la oportunidad de escuchar a las personas -hombres y mujeres de todas las edades-, desde las bases para escuchar sus inquietudes, sus esperanzas y sueños.

El proceso ha abierto nuestros oídos a las voces de las personas de las periferias; voces que no podemos haber escuchado, sino todo lo contrario. Ello ha permitido que las personas de diferentes países y culturas expresaran -no sólo sus preocupaciones, sino también su fe-, con sus propias palabras. Estos esfuerzos, mientras conducen a la Reunión Nacional, son también *comienzo* de una nueva fase en la transformación y renovación de la Iglesia en los Estados Unidos. Quiero destacar la palabra *comienzo*. El Espíritu está *comenzando* algo nuevo aquí. Algo que no es novedad por novedad; sino, por el contrario, es la novedad que Dios trae dando serenidad, gozo y paz.

Esto es particularmente cierto para aquellos que están en los márgenes, -en las periferias de la sociedad-, incluyendo a muchos de nuestros hermanos y hermanas Hispanos y a los pobres. El Santo Padre habla de construir una *cultura del encuentro*. La palabra "cultura" se refiere a algo que ha penetrado en el corazón de un pueblo. Cuando algo se convierte en cultura, podríamos decir que se ha convertido en una "pasión compartida" entre la gente y el estilo de vida que caracteriza al grupo. Nosotros somos un pueblo que, a través del Encuentro, estamos descubriendo la pasión por la edificación de puentes en nuestras comunidades y parroquias, dentro de la Iglesia en los Estados Unidos y en nuestras familias. Nos apasiona incluir a más personas y sus dones, en lugar de excluirlos como si no nos importaran o como si simplemente pudieran ser descartados. Nos apasiona hacer más discípulos.

Nos apasionan muchas cosas de la fe, pero no tenemos que mostrar nuestra pasión de la misma manera. En la Exhortación Evangelii Gaudium, el Papa habla de "un pueblo con

muchos rostros" (cf. EG, 115-118), aportando una visión del pueblo de Dios que se encarna en los diversos pueblos y culturas. Mientras que Santo Tomás de Aquino dice que la gracia se basa en la naturaleza y la perfecciona, el Papa Francisco añade que "*la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe*" (cf. EG 115).

Los hombres y mujeres no existen en la nada, a la deriva de las relaciones; se insertan, en cambio, en un pueblo determinado y comparten un estilo de vida común. Los bautizados están insertados en él y transfiguran sus culturas, formando un Pueblo de Dios y revelando los muchos rostros de Dios. La Iglesia evangelizadora es la Iglesia evangelizada, que el Espíritu Santo embellece mostrando nuevas dimensiones de la revelación – una cara nueva.

Podemos plantearnos algunas preguntas: ¿Cómo me enriquece mi encuentro con otra persona? ¿Cómo su encuentro conmigo lo enriquece? En el encuentro con el otro descubrimos, que si bien compartimos muchas cosas en común, también hay diferencias. ¿Qué pueden ofrecer estas diferencias a la Iglesia en su misión de Evangelización? Una particular cultura o un estilo de devoción puede ciertamente ser acertado medio para la transmisión de la fe de generación en generación. ¿Cómo se preserva lo que funciona bien para las futuras generaciones? ¿Podemos aprender unos de otros?

El Santo Padre, por ejemplo, señala que algunos miembros del rebaño frecuentemente conservan y transmiten la fe a través de su espiritualidad y devoción popular enriqueciendo a toda la Iglesia. Pienso en mis propias experiencias en México, Cuba y Haití, y sé que esto es cierto. La devoción vivencial, las procesiones, la música y el arte pueden transmitir los misterios de la fe y atraer a otros a la transcendencia a través de la belleza. De esta manera viven como discípulos en un estado permanente de misión. Sirven, para el resto de la Iglesia, como recordatorio de vida de la necesidad de ofrecer una propuesta atractiva de la fe - para mostrar lo atractivo de la persona de Cristo.

#### *El Encuentro con el mundo: profundizar la comunión con la humanidad*

Una Iglesia unida, rica en diversidad, es una Iglesia que sale al mundo en misión. Jesús, a quien hemos encontrado personalmente, ha tocado nuestras vidas de diversas maneras. Jesús ha ascendido a la derecha de su Padre, y nosotros, la Iglesia, debemos dar a conocer su Presencia en el mundo, esperando despertar en nuestros hermanos y hermanas, incluso en aquellos que todavía no creen, el sentido de misterio y un renovado sentido de la propia humanidad.

Hay mucha gente que vive en el mundo sin el sentido de su dignidad como personas. Quedan excluidos y quedan descartados –los no nacidos, los pobres, los migrantes, las personas de la tercera edad o enfermas. La Iglesia misionera debe ir delante de ellos. El Papa Francisco ha dicho:

"Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades... Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida" (Papa Francisco, exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2013, 49)

Yendo al mundo, la Iglesia ofrece a la humanidad la posibilidad de satisfacer, no sólo algunas necesidades materiales proporcionando alimentos, ropa y refugio, sino de satisfacer las necesidades espirituales mediante una relación de amor con Cristo. Para hablar de Jesús con otra persona, lo primero que debemos hacer es conocerlos y escucharlos. El Encuentro con el otro tiene el potencial de traer hacia el centro, de manera significativa, las voces que

proviene de las periferias. Las voces de quienes están en las periferias entre la población Hispana/Latina, son importantes también por otra razón: porque son voces que pueden anunciar el Evangelio como parte de la Nueva evangelización. Ellos hacen conocer a Cristo. ¡Brindan esperanza!

Al escuchar sus voces y las voces de los demás marginados, la Iglesia afirma la dignidad de la persona humana. Encontrarse uno con el otro estableciendo relaciones y estar en relación de manera correcta con el otro es, en cierto modo, una forma de justicia. Cuando la Iglesia y el rostro Latino de la Iglesia claman justicia – para las familias y para los migrantes, para obtener mejores salarios o simplemente para que se les considere el derecho de ser escuchados y respetados; y cuando escuchamos esas voces, nosotros, como Iglesia, damos testimonio del valor de cada vida y de cada persona. Dignidad que no está supeditada a lo que una persona *hace* o tiene, a su estado migratorio o trabajo; la dignidad, en cambio, es del todo inherente a la persona, basada en que lo que él o ella es. Escuchando las voces de las periferias, el encuentro recuerda a cada persona su valor: cada persona tiene un valor infinito. El proceso del *Encuentro* es una forma de recordar a toda persona, que él o ella tienen algo que ofrecer. La voz profética de la Iglesia se hace escuchar en defensa de la dignidad de la persona humana.

Conclusión:

Asistiendo a diversos Encuentros regionales, he oído y escuchado el clamor de la gente – de los Hispanos – por una Iglesia más acogedora, que se muestre más agradecida por sus muchos dones y les brinde apoyo en sus situaciones de temor y desesperanza. Es un clamor de quienes tienen hambre de una relación más profunda con Dios y la Virgen, con quien ellos quieren estar cerca.

Mientras percibía esos clamores, vi también el rostro de una Iglesia joven, llena de miembros que saben que Dios los está llamando a dar lo mejor de sí mismos a la Iglesia y a su prójimo. Lo veo también aquí ante mis ojos. Creo firmemente que el Espíritu de Dios puede suscitar muchos nuevos discípulos misioneros, y que a través del Encuentro les ayudará a sacar a flote su propio potencial, para ser líderes en la Iglesia con todo el entusiasmo de Andrés, que dijo a su hermano: "¡Hemos encontrado al Mesías!".

El proceso de Encuentro ha ayudado a identificar prioridades pastorales y líderes dentro de la comunidad Hispana para nuestras parroquias e iglesias. Estos líderes deben ahora ser apoyados y sostenidos para que puedan seguir trayendo, a sus sacerdotes y obispos, y también a la sociedad, las voces de quienes viven marginados. Sabemos que este Encuentro regional y el Encuentro Nacional no son sólo para los Hispanos, sino que son eventos para toda la Iglesia en todas las diócesis de Nueva York y en la Iglesia de toda la Nación. Son oportunidades para descubrir cómo nuestra pasión compartida por la fe en Cristo Jesús puede manifestarse en nuestras comunidades, parroquias, escuelas, lugares de trabajo y familias. Ellos son el comienzo de algo nuevo. ¿A dónde nos llevará? No lo sabemos. Pero Dios, siempre y frecuentemente nos sorprende.

Y concluyo con una pregunta: ¿Tenemos la valentía de seguir audazmente, como discípulos misioneros, por las nuevas rutas que el Dios de las sorpresas pone ante nosotros, confiados en el poder de Cristo Jesús y del Espíritu que renueva todas las cosas?